Carta al discípulo Algazel

CARTA AL DISCÍPULO

Su autor era ya un renombrado teólogo y ulema en Bagdad cuando una crisis espiritual lo llevó a dejarlo todo y adoptar durante años la vida de un peregrino, y a encontrar en la vía del sufismo lo que no había hallado en ninguna escuela filosófica de su tiempo.

En la Carta, aAlgazel, resume todas sus enseñanzas en una conmovedora exhortación a la espiritualidad más integral.

Traductor: Traducción de J. J. Acevedo V.
©1095, ibn Muhammad al-Gazal 'Algazel'
Colección: Los pequeños libros de la sabiduría 116
UUID: a25f9810-61c3-4dff-be95-46b49ff17bd2
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Ramón Hortelano, 21/05/2022

Introducción

DECÍA el profesor Cruz Hernández (1981, 251) de Algazel: "…*dos grandes facetas en su obra: reacción teológica constructiva y crítica filosófica profunda"*. Es verdad, Algazel revolucionó el islam, dándole una dimensión universal al colocar en su sitio a la teología y a la filosofía, según su visión sufí.

De origen persa, y con vínculos a la escuela Shafiî, es sorprendente como revive el sufismo anclado en el sunismo, sin reproches al pasado histórico musulmán, y siendo reconocida su labor por el visir Nizam al-Mulk que en 1091 d.c. es nombrado profesor de la madraza de Bagdad.

Su pensamiento adelanta al pensamiento del inglés Hume, porque necesita "despersonalizar" a Dios, para luego naturalizarlo. Su tesis es: "Dios es la única causa de la naturaleza" Es, pues, el teísmo más teológico, y ortodoxo, pues al ser un sabio de la filosofía griega y musulmana de su tiempo, no converge con ellas al rechazar ambas, y crear un determinismo sui géneris. Averroes, tan poco crítico con Ibn Masarra y Ibn Arabí, es duro con Algazel. ¿Por qué? La antropología es, para Averroes, racional y filosófica. Por un lado, está Dios, y por otro, el ser humano.

Algazel, en cambio, en su Carta al discípulo, resume la experiencia personal en su vida como consejo para un nuevo discípulo. La Carta está dividida en once fragmentos y una introducción del lector o presentador.

Para Algazel, la teología reside en el Corán y en los Hadices. En ellos funda sus tesis teológicas. Por eso no concuerdo con López Farjeat[1] al

exponer la sura 37:96 parcialmente. Es decir, está sacada de contexto para encontrar el determinismo teológico.

No hace falta decir que todas las doctrinas de la antigüedad son deterministas. Nuestros modernos han luchado contra ellas en ese punto filosófico. Pero aquí, y ahora, la sura 37:96 depende muy mucho de la sura 37:95. Siendo así, el determinismo mengua. Por otra parte, en el primer fragmento, Algazel, ese leve determinismo colorea con las palabras del Profeta. ¿Por qué este suave maquillaje verbal? Algazel escribe, sin duda, tras su crisis psicológica. El saber lo ha nublado de conocimientos sin revestirlo de inmortalidad. Se ve, pues, mísero de espíritu. De ahí: "… *no te arruines por falta de actos, cuida de que no te falten tampoco arrebatos místicos, y ten la certeza de que el mero saber no te ayudará."* ¡¡Dios, qué consejo!! Podría decirse que es un predecesor también de Darwin, y su determinismo evolutivo

Otro fragmento, el quinto, tiene implícita una eticidad de nobleza, consejo magnánimo: nada de contradicción, pues ahí está la Ley, o sea las leyes de Dios y Mahoma. Y recomienda ser crítico y humilde. Y acompaña su didáctica para ser amena con anécdota y metáforas.

Antonio Barrios Ruiz

Carta al discípulo

Por ABU HAMID AL-GAHAZALI

Bismi Llahi r-rahmani r-rahim[2]

LA ALABANZA es de Dios, Señor de los Mundos, y el triunfo es de quienes lo tienen presente, y la Bendición y la Paz sean sobre Su Profeta Muhammad y su familia toda.

Has de saber que uno de los primeros discípulos del Maestro, el Imán, Ornamento de la Religión, Prueba del Islam, Abu Hamid ibn Muhammad al-Ghazali, Dios santifique su espíritu, que se había ocupado de adquirir y estudiar la Ciencia bajo su tutela hasta dominar los detalles de las ciencias y perfeccionar las virtudes del alma[3], meditando un día sobre el estado de su alma, tuvo la siguiente ocurrencia: «*He investigado —se dijo— las diversas ciencias, y he dedicado la flor de mis años a estudiarlas y acumularlas, y ahora necesito estudiar cuál de ellas me será provechosa después y me asistirá en la tumba; y la que no me aproveche habré de dejarla, según dijo el Enviado de Dios*: "**¡Oh Dios mío, líbrame de todo conocimiento inútil!".**

Y se empecinó en estas ideas hasta que le escribió una carta a su Presencia, el Maestro, Prueba del Islam, Muhammad al-Ghazali, consultándolo y haciéndole preguntas, y pidiéndole consejos y oraciones en estos términos: «*Si bien es verdad que los libros del Maestro, como la Revivificación… y los otros, contienen las respuestas a mis preguntas, mi interés es que el Maestro escriba lo que necesito en unas cuantas páginas*

que me acompañen por el resto de mi vida, para obrar según ellas en los años que me queden, si Dios Altísimo así lo quiere». Entonces el Maestro le escribió la siguiente carta en respuesta… y más sabe Dios.

Capítulo 1

HAS DE saber, oh hijo mío caro y amado —Dios prolongue tu vida en Su obediencia y te haga recorrer el camino de Sus amados— que tenemos consejos evidentes en el Modelo de los Mensajeros. Si ya has recibido consejo de él, ¿qué autoridad puede tener mi consejo para ti? Y si todavía no lo has recibido, dime ¿qué has ganado en estos últimos años? Oh hijo mío, entre los consejos que el Enviado de Dios dejó a su comunidad se encuentra la siguiente admonición: "*Un indicio de que Dios Altísimo ha abandonado a su siervo es que éste se ocupe de lo que no le atañe; y si pierde una hora de su vida ocupado en algo ajeno a la devoción para la que fue creado, entonces merece la prolongación de sus sufrimientos; y quien pasa los cuarenta años sin que sus virtudes hayan dominado sus vicios debe prepararse para el fuego*". Y en esto ya hay consejo suficiente para los buenos entendedores.

Oh hijo mío, dar consejo es sencillo —lo difícil es recibirlo— y es de gusto amargo para quienes están acostumbrados a seguir sus propios deseos, pues lo prohibido es dulce para sus corazones, en especial para quien estudia las ciencias convencionales, entretenido con la satisfacción de su alma y los logros del mundo, creyendo que su mera ciencia lo salvará, que en ella está su redención y que no tiene necesidad de actuar; tal es la convicción de los «*filósofos*».

¡Subhana Llahi Azim! Este pobre infeliz ignora que, si adquiere un conocimiento y después no lo pone en práctica, luego éste será usado como

una prueba en su contra, según lo ha expresado el Enviado de Dios: «*El más castigado el Día de la Resurrección será el hombre de conocimiento por cuyo saber Dios no recibió beneficio alguno*».

Y se dice que al-Yunayd[4] después de muerto se le apareció en sueños a alguien y éste le preguntó: «*¿Qué se cuenta, Abul Qasim?*», y Yunayd respondió: «*Todas aquellas palabras se perdieron, y los gestos resultaron vanos, y sólo nos valieron unas postraciones hechas en medio de la noche*».

Oh hijo mío, no te arruines por falta de actos, cuida de que no te falten tampoco arrebatos místicos, y ten la certeza de que el mero saber no te ayudará. Imagínate un hombre cruzando el desierto, equipado con diez sables de la India y otras armas, un hombre valiente y guerrero, y viene un enorme y terrible león y se le abalanza. ¿Qué crees tú? ¿Van a librarlo de la muerte sus armas si no las empuña y las usa? ¡Es evidente que no lo salvarán si no las pone en acción empuñándolas! Lo mismo pasa si un hombre lee sobre cien mil cuestiones científicas y las entiende sin actuar de acuerdo con ellas: éstas no le servirán de nada si no las usa. Y un ejemplo más: un hombre enfermo con fiebre e ictericia, que se curan con ojimiel y hordiate, no se recuperará sino usándolas.

Aunque tengas mil botellas de vino, no te embriagarás si no bebes.

Aunque estudiaras cien años y reunieras mil libros, no te beneficiarías de la misericordia de Dios Altísimo sino por tus actos: "*el hombre sólo obtendrá aquello por lo que se esfuerce" (53, 39)*. "*así pues, el que espere el encuentro con su Señor, que actúe con rectitud y que al adorar a su Señor no Le asocie a nadie" (18, 110)*. "*Después les sucedió una generación que abandonó la Oración y siguió las pasiones; pero ya encontrarán perdición. Con la excepción de los que se volvieron atrás, creyeron y obraron con rectitud, pues ellos entrarán en el Jardín y no se les hará in-justicia en nada" (19, 60).*

¿Y qué me dices del siguiente hadiz: «*El islam se levanta sobre cinco pilares: dar testimonio de que no hay dios sino Dios, persistir en la oración, pagar la limosna, ayunar en Ramadán y hacer la peregrinación a la Casa si uno tiene la posibilidad*»?

Y la fe es, en la lengua, una palabra, en el corazón, una creencia y, en los cinco pilares, acción; las evidencias en favor de la acción son innumerables. Aunque sea por el favor y la munificencia de Dios Altísimo

que el siervo alcanza el Paraíso, lo hace tras recibir la ayuda de su propia obediencia y sumisión, según está escrito: "*Es verdad que la misericordia de Allah está próxima a los bienhechores". (7, 56)*. Y si acaso se nos objetara: «*Pero alcanza el Paraíso por la sola fe*», responderíamos: «*Sí, pero ¿cuándo llega? ¿Y cuántos obstáculos difíciles deberá superar hasta lograrlo? Y el primero de estos obstáculos es el de la fe: ¿estará a salvo y en paz sin perder la fe o no? ¿acabará llegando frustrado y arruinado? Hasan alBasri, contaba: «El Día de la Resurrección, Dios Altísimo dirá a sus siervos: "Entrad al Jardín, siervos míos, por mi Misericordia, y repartíoslo en proporción a vuestras acciones"»*.

Oh hijo mío, no obtendrás recompensa mientras no actúes. Se cuenta que un hijo de Israel había servido a Dios Altísimo por setenta años. Y quiso Dios Altísimo probarlo a los ojos de los ángeles, y así envió uno a decirle que, a pesar de su servicio, no le tocaba entrar al Jardín. Y dijo el siervo: «*Nosotros hemos sido creados para el servicio, y es nuestro deber servir*». Cuando el ángel volvió, dijo: «*Dios mío, Tú sabes mejor cuál fue su respuesta*». Y dijo Dios Altísimo: «*Puesto que él no se apartó de Nuestro servicio, Nosotros, con Nuestra Gracia, no Nos apartaremos de él. ¡Sed testigos, ángeles míos, de que ya lo he perdonado!»*.

Y el Enviado de Dios ha dicho: «*Pedid cuentas a vuestras propias almas antes de que os sean pedidas, y pesad vuestras acciones antes de que os sean pesadas*». Y Ali ha dicho: «*Quien crea que tendrá éxito sin esfuerzo es un iluso, y quien crea que tendrá éxito por hacer grandes esfuerzos es un arrogante*». Y Hasan ha dicho: «*Aspirar al Paraíso sin actos es un pecado entre pecados*»; y él mismo ha dicho: «*Un indicio de una comprensión directa y profunda de la verdad es el olvidarse de los actos sin olvidar ejecutarlos*». Y dijo el Enviado de Dios: «*Es perspicaz quien sojuzga su propia alma y actúa con vistas a lo que hay después de la muerte, y es estúpido quien sigue sus propios deseos y se confía a la idea de que Dios Altísimo le cumplirá sus anhelos»*.

Oh hijo mío, ¡cuántas noches has pasado en vela repasando tus lecciones, escudriñando libros y privando a tu alma del sueño! ¿Para qué? No entiendo cuál era el motivo de todo eso. Si era para obtener los honores del mundo y por la atracción de sus chucherías, y para conseguir sus rangos y luego vanagloriarte frente a tus compañeros y amigos, ¡ay de ti!, y ¡ay de

ti! Pero si tu propósito era hacer algo vivo de la ley del Profeta, enmendar tu carácter y quebrar esa alma tuya «que ordena el mal», entonces bendito seas, y ¡bendito seas! Con verdad decía el poeta:

Si no es por mirar Tu Rostro
en vano velan los ojos;
si no es por llorar Tu pérdida
en vano lloran.

Oh hijo mío, vivas como vivas, de seguro morirás; ames lo que ames, de seguro lo perderás; y hagas lo que hagas, Dios te lo pagará. Oh hijo mío, a fin de cuentas, ¿para qué tantos estudios de teología, retórica, medicina, administración, poesía, astronomía, métrica, sintaxis y morfología sino para malgastar tu vida apartándote del Señor de Majestad? Una vez encontré lo siguiente en el Evangelio de Jesús: «Entre el momento en que un hombre muerto es puesto en su ataúd y el momento en que llega al borde de la tumba, Dios le plantea, en Su Gran Poder, cuarenta preguntas, y la primera es: «*Oh siervo mío, durante años te has mostrado puro frente al mundo, pero a Mí no Me has mostrado esa pureza ni una sola hora. Y cada día Él miraba dentro de tu corazón diciendo: "¿Qué tanto haces para los demás, cuando estás rodeado siempre por Mis beneficios? ¡En verdad eres sordo y no oyes! "*».

Oh hijo mío, el conocimiento sin acción es locura, y la acción sin conocimiento no termina en nada.

Has de saber que el conocimiento que no te aparta hoy del pecado y que no te conduce a la sumisión, tampoco te apartará mañana del fuego del infierno, y que si no actúas hoy de acuerdo con tus conocimientos y no recuperas los días perdidos, cuando llegues mañana al Día de la Resurrección dirás: «¡Devolvednos y haremos el bien!», y te responderán: «¡Idiota! ¡Si acabas de llegar de allí mismo!».

Oh hijo mío, adquiere resolución en el espíritu, sometimiento del alma y muerte en el cuerpo, pues tu morada es la tumba, y la gente de las tumbas te espera en cualquier momento. Cuídate de no llegar a ellos sin avío. Decía Abu Bakr al-Siddiq «*Estos cuerpos son una jaula para pájaros o un establo para bestias. Reflexiona sobre tu alma: ¿cuál de ellos eres tú? Si eres uno de los pájaros supernos, cuando oigas el redoble del tambor que dice "¡Vuelve a tu Señor! ", remóntate volando hasta posarte en la más alta de*

las torres de los Jardines, a donde se refería el Enviado de Dios cuando dijo: "el Trono del Infinitamente Misericordioso se estremeció con la muerte de Sa'd ibn Mu'a‘ dh". Y Dios te guarde de ser una de las bestias que menciona Dios Altísimo al decir: "*Aquellos son como ganado, o incluso andan más perdidos"*. No vayas a creer que estás a salvo de pasar de un rinconcito de tu casa al abismo del Fuego.»

Se cuenta que una vez le dieron a Hasan Al Basir un poco de agua fría, y al tomar el vaso se desmayó dejándolo caer. Al volver en sí, le preguntaron: «*¿Qué pasó Abu Said?*». Dijo: «*Me vino a la mente la ansiedad de los habitantes del fuego cuando le dicen a la gente del Jardín: "¡Derramad un poco de agua sobre nosotros, o de lo que Dios os haya otorgado!"*»

Capítulo 2

OH HIJO mío, si el mero conocimiento fuera suficiente para ti y no necesitaras de los actos, sería vano y sin objeto que Dios exclamara: «*¿Hay alguien pidiendo algo? ¿Hay alguien pidiendo perdón? ¿Hay alguien arrepintiéndose?*».

Se cuenta que una vez estaban reunidos unos Compañeros, y mencionaron a Abdullah, el hijo de Umar frente al Profeta, y éste dijo «*¡Qué hombre tan excelente sería si rezara de noche!*». En otra ocasión, él mismo dijo a uno de los Compañeros: «*Oye, fulano, no duermas mucho por la noche, pues el mucho dormir de noche deja al hombre despojado en el Día de la Resurrección*».

Capítulo 3

OH HIJO mío, cuando se dice "***resérvate una parte de la noche para velar con devociones adicionales***" (18, 81), se trata de una orden; cuando se dice «piden perdón en la madrugada" (6, 18), se trata de una acción de gracias; «y los que imploran el perdón en la madrugada" (3, 115) es un recordatorio. Y él ha dicho: «Dios Altísimo ama tres voces: la voz del gallo, la voz de quien recita el Corán y la voz de quienes piden perdón en la madrugada.»

Sufyan al-Thawri decía: «Dios Bendito y Altísimo creó un viento que sopla en la madrugada llevando las invocaciones y las peticiones de perdón al Rey Todopoderoso». Él mismo decía también: «Cuando comienza la noche, un heraldo exclama desde el pie del Trono Divino "¡Que se levanten quienes sirven a Dios! " Y éstos se levantan y oran hasta que Dios así lo quiera. Luego, a medianoche, un heraldo exclama "¡Que se levanten los piadosos! " Y éstos se levantan y oran hasta el alba. Y a la hora del alba llama otro heraldo "¡Que se levanten quienes piden perdón “Y éstos se levantan y piden perdón! Y cuando ya rompe el alba, llama otro heraldo "¡Que se levanten los indolentes! " Y éstos se levantan de sus camas, como muertos saliendo de sus tumbas.»

Oh hijo mío, se cuenta que entre los consejos que dejó el sabio Luqman a su hijo se encuentra éste: «*Hijo mío, que nunca se te adelante el gallo a hacer su llamado en la madrugada mientras tú todavía duermes*». Con verdad decía el poeta:

Una paloma gimió en el seno de la noche desde una frágil rama… ¡y yo durmiendo! ¡He sido un mentiroso! ¡Por la Casa de Dios, si fuera yo un amante, no me superarían con su llanto las palomas! Me jacto de estar loco de amor, lleno de ansia por mi Señor, y no tengo ni las lágrimas que tienen ellas.

Capítulo 4

OH HIJO mío, la perfección del saber es que sepas lo que son la obediencia y la adoración. Has de saber que la obediencia y la adoración consisten en la conformidad con el Legislador en cuanto a preceptos y prohibiciones, tanto de palabras como de actos; esto es: que todo cuanto dices, haces y dejas de hacer siga el modelo de la Ley, de modo que si, por ejemplo, ayunaras el día de la fiesta del Id o los días de Tashriq serías un rebelde; o si rezaras con una ropa robada, aunque pareciera devoción estarías pecando.

Capítulo 5

OH HIJO mío, te conviene que tus palabras y tus actos se apeguen a la Ley, pues conocimiento y acción que no tienen a la Ley como modelo son error. No debes dejarte confundir por los excesos y las exageraciones de los místicos, pues el viaje por este camino es combatiéndose a sí mismo, quebrando los apetitos del alma y sometiendo sus deseos con la espada de la disciplina, ¡no con exageraciones y vanas quimeras! Has de saber que una lengua suelta y un corazón atiborrado de vanidad y caprichos son signos funestos, y si no sometes tu alma en la sinceridad de la guerra interior, tu corazón no será vivificado por las luces de la gnosis.

Has de saber que algunas de las preguntas que me has hecho no pueden responderse ni escribiendo ni hablando; si llegas al estado correspondiente sabrás las respuestas; y si no, es imposible, porque pertenecen al ámbito de la percepción, y la descripción de todo lo que pertenece a la percepción está más allá de la palabra, así como la dulzura de lo dulce y la salinidad de lo salado, que no se conocen sino a través del gusto.

Se cuenta que un hombre impotente escribió a un amigo pidiendo que le describiera el placer sexual. El amigo le respondió así: «*Ay, fulano, yo sólo te tenía por impotente. Ahora sé que eres impotente y además tonto, porque este placer es de los sentidos: si lo experimentas lo conocerás, pero no puede describirse hablando o escribiendo.*»

Oh hijo mío, algunas de tus preguntas son como ésta última, y otras, las que pueden ser respondidas, ya las he tratado en la **Revivificación de las**

Ciencias y en otras obras. Voy a recordártelas un poco aquí, pero ya sabes que debes referirte a ellas. Así pues, había escrito:

El viajero espiritual tiene cuatro necesidades.

1. Una doctrina auténtica, libre de innovaciones.

2. Una compunción sincera, después de la cual no se regrese al pecado.

3. Reconciliarse con los enemigos hasta no dejar ni una sola cuenta pendiente.

4. Adquirir suficiente conocimiento de la ley religiosa como para cumplir con la voluntad de Dios Altísimo, y luego de las otras ciencias en las que se halla salvación.

Se cuenta que Shibli había estado al servicio de cuatrocientos maestros, y que solía decir:

Después de leer cuatro mil hadices, escogí uno solo y lo puse en práctica dejando de lado todo lo demás, pues meditándolo encontré en él mi liberación y mi salvación; en él estaba todo el conocimiento de los antiguos y los modernos, y quedé satisfecho con él, y dice así: «*El Enviado de Dios dijo a uno de sus compañeros*: **"Trabaja por la vida del mundo en proporción a tu estadía en ella, y trabaja por el más allá en proporción a tu subsistencia eterna allí. Trabaja por Dios en proporción a la necesidad que tienes de Él, y trabaja por el fuego del infierno en proporción a tu capacidad para soportarlo"».**

Oh hijo mío, estudiando bien este hadiz no necesitarás muchos estudios.

Medita también esta otra historia: Hatim al-Asamm era uno de los compañeros de Shaqiq al- Balkhi, y un día éste le dijo: «*Me has acompañado ya durante treinta años. ¿Y qué has ganado con eso?*» Hatim respondió: «*He aprendido ocho lecciones que me bastan, pues con ellas espero ganar mi liberación y mi salvación*». Y dijo Shaqiq: «*¿Cuáles son?*». Hatim respondió:

He observado a las criaturas, y he visto que todas tienen un objeto de amor y de cariño al que aman y quieren. Algunos de estos acompañaban a la persona durante su enfermedad postrera, y algunos incluso hasta el borde de la tumba, pero luego todos se retiraban, dejándola sola y desamparada; ni uno solo de ellos entraba a la tumba. Y reflexioné sobre esto y me dije: el mejor de los amores es el que lo sigue a uno hasta la tumba y le hace compañía también allí. Y no encontré nada que fuera capaz de ello sino las

buenas obras; y las he hecho objeto de mi amor, para que me sean una luz en mi tumba y me acompañen sin dejarme solo.

He visto que las criaturas son guiadas por sus caprichos y se afanan por seguir los deseos de su alma. Esto me ha hecho meditar en las palabras del Altísimo: "**Mientras que quien haya temido comparecer ante su Señor, y preservado su alma de la pasión, tendrá el Paraíso por morada**" (79, 40). Así pues, creyendo firmemente que el Corán es la verdad segura, me dediqué sin más a contradecir a mi alma, y me puse a combatirla y contener sus pasiones, hasta que por fin encontró placer en la obediencia de Dios Glorioso y Altísimo y se dio por vencida.

He visto a toda la gente sin excepción correr atesorando las cosas del mundo y luego aferrarse a ellas ansiosamente, y esto me ha hecho meditar en las palabras del Altísimo: "**Lo que vosotros tenéis se agota. En cambio lo que Dios tiene perdura**" (16, 96). Así que por amor de Dios Altísimo me desprendí de los bienes del mundo y los repartí entre los pobres para que se me convirtieran en un tesoro a los ojos de Dios Altísimo.

He visto algunas de las criaturas pensar que su honor y poder dependían del tamaño de sus naciones y tribus, y así se envanecían de estos. Otros pensaban que dependían de sus riquezas y del número de sus hijos, y se enorgullecían de estos. Otros creían que el honor y el poder consistían en despojar a otros de sus bienes, tiranizarlos y derramar su sangre; otro grupo pensaba que consistían en gastar dinero, prodigándolo y desperdiciándolo. Esto me hizo meditar en las palabras del Altísimo: "**Para Dios, el más noble de entre vosotros es aquél que más Le teme**" (69, 13). Así pues, opté por el temor de Dios, creyendo firmemente que el Corán es la verdad segura y que las opiniones y las conjeturas de aquéllos eran vanas y falaces.

He visto a los hombres insultarse y calumniarse, y observé que esto se debía a la envidia de las propiedades, el prestigio y el saber. Esto me hizo meditar en las palabras del Altísimo: «*Somos nosotros quienes proveemos sus bienes para la vida del mundo*». Así supe que la provisión viene de Dios Altísimo en la eternidad, y ya no envidié a nadie y encontré satisfacción en la provisión de Dios Altísimo.

He visto a los hombres hacerse enemigos por todo tipo de causas y motivos. Esto me hizo meditar en las palabras del Altísimo: *«En verdad,*

vuestro enemigo es Satán; tomadlo pues como enemigo». Así supe que no estaba permitido ser enemigo de nadie más que Satán.

He visto a todos empeñarse y esforzarse por ganar su pan y subsistencia hasta el punto de ser llevados a caer en lo equívoco y en lo prohibido, terminando vencidos por sus almas y degradados. Esto me hizo meditar en las palabras del Altísimo: «*No hay criatura sobre la tierra que no reciba sustento de Dios*». Así supe que mi sustento estaba en Dios Altísimo y que Él lo garantizaba, y me dediqué a Su servicio y corté en seco mis deseos de lo que no fuera Él.

He visto a todos poner su confianza en algo perecedero: unos en el dinero, otros en la riqueza y las propiedades, otros en el comercio y en el oficio, y otros en cosas semejantes. Esto me hizo meditar en las palabras del Altísimo: «*A quien confía en Dios, Él le basta. Dios consigue lo que se propone. Dios ha establecido una medida para cada cosa*». Así llegué a tener confianza en Dios, que me basta y es el mejor de los aliados.

Y dijo Shaqiq: «¡Dios Altísimo te valga! Yo he examinado la Torá, el Evangelio, los Salmos y el Corán, y he observado que los cuatro libros tratan justamente de estas ocho lecciones. Así pues, quien actúa de acuerdo con ellas, actúa de acuerdo con esos cuatro libros».

Capítulo 6

OH HIJO mío, con estas dos historias habrás comprendido que no te hace falta extender tus conocimientos; ahora te explicaré claramente lo que es indispensable para un viajero en el camino de la verdad.

Has de saber que el viajero necesita un maestro de sabiduría como guía espiritual y mentor, para que por medio de su educación corrija los malos rasgos de carácter y los convierta en virtudes. La idea de la educación es comparable al trabajo del campesino que arranca los espinos y desyerba el sembrado para que crezca mejor y dé una cosecha abundante. Todo viajero necesita un maestro que lo refine y lo guíe rectamente por el camino de Dios Altísimo, y es por eso mismo que Dios envió a sus siervos un mensajero a guiarlos rectamente por Su camino; al morir éste mensajero designó sucesores (khalifas) para que éstos guiaran a otros con rectitud por el camino hacia Dios Altísimo.

La condición de un maestro digno de representar al Enviado de Dios es que sea sabio; sin embargo, no todo sabio es digno de ser un sucesor. Voy ahora a decirte claramente algunos de los signos que lo caracterizan en general, para que no venga cualquiera a presentarse sin más como guía espiritual.

Así pues, decimos: se trata de alguien que se aparta del amor del mundo y del amor de la fama, y tiene que haber sido discípulo de alguien dotado de discernimiento y cuya enseñanza se remonte por una cadena ininterrumpida hasta el Señor de los Enviados; tiene además que ser experto en mantener

su alma contenta con poca comida, poco hablar y poco sueño, y con mucha oración, caridad y ayuno. Gracias a la frecuentación de dicho maestro esclarecido, ha llegado a convertir en rasgos de su carácter virtudes como la paciencia, la oración, la gratitud, la confianza en Dios, la certidumbre, el contentamiento, la ecuanimidad, la mansedumbre, la humildad, el conocimiento, la sinceridad, la modestia, la entereza, la seriedad, la calma, el tesón y otras semejantes, de modo que sea una luz de las luces del Profeta, y digno de ser tomado como ejemplo. Pero encontrar alguien así es difícil, ¡es más difícil que encontrar el Azufre Rojo[5]!

Quien tiene la felicidad de encontrar un maestro como el que acabamos de describir, y de que éste lo acepte como discípulo, debe honrarlo exterior e interiormente.

Honrarlo exteriormente consiste en no ponerse a especular ni entrar en discusiones con él por ningún motivo, ni aun teniendo la razón. Asimismo, el discípulo no debe extender su alfombra de oración frente al maestro a menos que llegue la hora de la oración canónica, y en ese caso debe recogerla apenas termine, sin agregar oraciones suplementarias en su presencia; y en la medida en que su capacidad y sus fuerzas se lo permitan debe hacer todo lo que el maestro le ordene.

Honrarlo interiormente consiste en no rechazar en su fuero interno nada de lo que oiga y reciba exteriormente del maestro, ni obra ni palabra, so pena de caer en la hipocresía. Si no es capaz de hacer esto, es mejor que se separe de dicho maestro hasta que su interior sea consistente con su exterior. Por otra parte, debe evitar socializar con gente mala, para así mantener fuera del recinto de su corazón la influencia de los demonios invisibles o humanos, y quedar limpio de la marca de Satán, prefiriendo siempre la pobreza a la riqueza.

Has de saber que la espiritualidad (sufismo) tiene dos características: la rectitud para con Dios Altísimo y la parsimonia para con los hombres. Y quien es correcto para con Dios Fuerte y Majestuoso, y refina su carácter entre los hombres, y los trata con suavidad, ése es un iniciado de verdad. La rectitud consiste en consagrar los dones del alma a los mandatos de Dios Altísimo; y el refinamiento del carácter entre los hombres consiste no en que ellos se sometan a la voluntad de tu alma, sino en que tu alma se someta

a la voluntad de ellos, mientras no vayas en contra de los preceptos de la religión.

Luego me habías preguntado sobre la devoción; ésta consiste en tres cosas:

1. Observar los preceptos de la religión.

2. Vivir contento con las Decisiones, el Destino y el Término[6] impuestos por Dios Altísimo.

3. Apartarte de la satisfacción de tu alma por buscar la satisfacción de Dios Altísimo.

Me habías preguntado también sobre la confianza en Dios: ésta consiste en confirmar tu creencia en Dios Altísimo por medio de sus promesas. Es decir, creer que lo que Él ha destinado para ti ha de tocarte sin falta, aunque el mundo entero tratara de evitarlo, y creer que, si algo no está escrito para ti, no te tocará ni con la ayuda del mundo entero.

Me habías preguntado también sobre la sinceridad: ésta consiste en que todos tus actos sean para Dios Altísimo, y en que tu corazón no se alegre con los elogios de los demás ni se aflija por sus reproches. Has de saber que la hipocresía nace cuando se les atribuye excesiva importancia a los hombres; y el remedio consiste en abrir los ojos y verlos como están a merced del poder Divino, y en considerarlos objetos inanimados, incapaces de obtener por sí mismos alegría o miseria; así te librarás de la afectación y los miramientos, en cambio, mientras les atribuyas algún albedrío y voluntad, la hipocresía no se alejará de ti.

Capítulo 7

OH HIJO mío, algunas de tus otras preguntas están contestadas en mis libros; busca allí las respuestas. En cuanto a las demás, es ilícito escribir sobre ellas. Más bien pon en práctica lo que ya sabes, y así te serán develadas las respuestas.

Capítulo 8

OH HIJO mío, a partir de hoy no me hagas más preguntas sobre lo que te produce dudas, a menos que las preguntas de tu lengua vengan desde tu corazón, pues como dicen las palabras del Altísimo: «*Más les valdría ser pacientes y esperar a que tú salieras adonde ellos están*», y atiende el consejo de al-Khadir: «*No me preguntes sobre nada sin que yo hable de ello primero.*» No te apures por alcanzar el momento justo, cuando se levante el velo y puedas ver: "**Ya os haré ver Mis signos. ¡No os apuréis!**" (18, 70). No me interrogues pues, antes de tiempo, y ten la certeza de que, si recorres el camino, llegarás, tal como lo dicen las palabras del Altísimo: "**¿No han recorrido los caminos de la tierra y visto?**" (30, 9).

Capítulo 9

OH HIJO mío, te juro por Dios que si recorres el camino verás maravillas en cada etapa. Entrega tu espíritu sin reservas, pues lo principal en esto es la entrega total del espíritu, como lo expresara **Dhu Nun el egipcio**[7] a uno de sus discípulos: «*Si eres capaz de ofrecer tu espíritu sin reservas, ven; y si no, no vayas a perder el tiempo disfrazándote de sufí*».

Capítulo 10

OH HIJO mío, ahora voy a darte ocho consejos; atiéndelos para que todo tu saber no se te vuelva enemigo el Día de la Resurrección; cuatro se refieren a lo que debes hacer, y cuatro a lo que debes evitar.

I. Lo primero a evitar es que, en la medida de lo posible, no discutas nunca con nadie por ningún asunto, pues hay en ello mucho de dañino, y su perjuicio es mayor que su provecho; en el mucho discutir está la fuente de todos los malos rasgos de carácter como la hipocresía, la envidia, la soberbia, el rencor, la agresividad, la arrogancia y todos los demás. Claro que, si el objetivo de la discusión es hacer que reluzca la verdad en lugar de quedar perdida, entonces está permitido discutir con las dos condiciones siguientes: primero, no establezcas ninguna diferencia si la verdad en cuestión ha sido expresada por ti o por otra persona, y segundo, que la discusión en privado te resulte preferible a la discusión en público.

Y ahora pon atención para indicarte algo que te será útil: hacer una pregunta sobre algo difícil y complicado es como presentarle a un médico los síntomas de una enfermedad del corazón, y la respuesta dada es un intento de curar la enfermedad. Los ignorantes son los enfermos del corazón y los sabios son los médicos; pero el sabio a medias no puede tener éxito en la curación, y el sabio completo no cura a todo paciente: se cura quien pone en el médico la esperanza de su curación y su salud, y si la dolencia es crónica o un caso perdido que no tiene cura, entonces el arte del

médico consistirá en decir «esto no tiene cura», y en no esforzarse en un tratamiento que sería en vano.

La enfermedad de la ignorancia es de cuatro tipos: uno de ellos tiene cura y los otros no. De los incurables, el primero es quien pregunta o argumenta llevado por su envidia y su odio, y cada vez que se le replica con una respuesta mejor, más clara y obvia, no hace más que aumentar en su odio y su agresividad y su envidia. El método a seguir consiste en no intentar responderle, pues como ya se ha dicho: «*Hay esperanza del apaciguamiento de toda enemistad, menos la del enemigo consumido por la envidia.*»

Conviene, pues, que te apartes de él y lo dejes con su enfermedad. Por algo ha dicho Dios Altísimo: "**Apártate de quien vuelve la espalda a Nuestro recuerdo y sólo desea la vida del mundo**" (53, 29).

Como dijo el Profeta: «*La envidia devora las buenas obras como el fuego devora la madera*».

El segundo de los incurables es el afligido por la estupidez, y esto tampoco tiene cura. Como dijo Jesús: «*En verdad, no me ha sido imposible resucitar a los muertos, pero no he podido curar la estupidez.*» Se trata del hombre que se ha ocupado de estudiar un poco y por poco tiempo, y ha llegado a saber algo de las ciencias espirituales y de la doctrina, y entonces, en su estupidez, hace preguntas y se explaya ante el gran sabio que ha dedicado su vida a las ciencias espirituales y doctrinales; este tonto no entiende nada, y se figura que lo que para él es oscuro, lo es también para el gran sabio, y como ni siquiera se da cuenta de esto, sus preguntas vienen de su estupidez. Conviene no intentar responderle.

El tercero está en busca de orientación, y achaca su incomprensión de las palabras de los grandes a su propia incapacidad de comprender, y cuando pregunta es para obtener provecho, pero es un simple, no alcanza la verdad profunda, y tampoco debes intentar responderle. Como dijo el Enviado de Dios: «*A nosotros, todos los profetas, se nos ha ordenado hablarle a los hombres según la capacidad de sus intelectos.*»

Ahora bien, la enfermedad que sí tiene cura es la del buscador de orientación dotado de naturaleza espiritual y de inteligencia, que no es presa de la envidia ni de la ira ni del apego a los deseos, la fama o la riqueza; es un seguidor del camino ascendente, y sus preguntas y sus intervenciones no

provienen de la envidia ni de la obstinación o la capciosidad. Éste tiene cura, y es licito responder a sus preguntas; aun más: es tu deber responderle.

II. Lo segundo a evitar consiste en cuidarte de ser un sermoneador y un predicador, pues hay en ello mucho de dañino, a menos que primero actúes según lo que dices y luego prediques a los demás según lo que haces. Piensa en lo que le fue dicho a Jesús: «*Oh hijo de María! Predícale a tu propia alma, y cuando ya hayas predicado así, anda entonces y predicas a los hombres, no vayas a avergonzarte ante tu Señor.*» Si de todas maneras te ves puesto a prueba por dicha ocupación, has de guardarte de dos características: primero, de ser pretencioso al hablar con perogrulladas, muecas, exageraciones, rimas y poemas, pues Dios Altísimo detesta a los pretenciosos, y quien es pretencioso da muestra de su ruina interior y la dejadez de su corazón.

«Predicar» significa hablarle a los creyentes del fuego del infierno y de la negligencia de sus almas en el servicio del Creador, y hacerlos meditar sobre todo el tiempo que han perdido ocupándose de lo que no les atañe, y hacerlos meditar sobre lo que les espera de obstáculos, sobre el vacilar de la fe en el momento final, sobre cómo van a estar cuando los constriña el Ángel de la Muerte, si serán capaces de hacer frente a las preguntas de Múnkar y Nakir, y hacerlos preocuparse por el Día de la Resurrección y por el lugar que les tocará entonces, y por si cruzarán el Puente sanos y salvos o caerán al Abismo. El recuerdo de todas estas cosas ha de permanecer en sus corazones quitándoles la tranquilidad. Avivar estos fuegos y deplorar estas calamidades se denomina «predicar». Y dar a conocer estas cosas a los hombres y advertirles de sus carencias y sus excesos, y hacerles ver los defectos de sus almas, de modo que el ardor de estos fuegos alcance a la gente de la congregación y estas calamidades los inquieten hasta el punto de hacerlos enmendar en lo posible su pasado, lamentando los días perdidos en la desobediencia de Dios Altísimo: todo esto, de la manera descrita, llamamos «sermonear». Es como si vieras una inundación abalanzarse sobre la casa de alguien que está allí junto con su familia, y les dijeras: «*Cuidado, cuidado, ¡viene la inundación!*» ¿Es que acaso, en tales circunstancias, tu corazón te permitiría hablarle pretenciosamente a tu prójimo el de la casa, con perogrulladas, finuras y exageraciones? Por

supuesto que no, de ninguna manera. Tal es la situación de quien da sermones, y debes evitarla.

En segundo lugar, debes guardarte de poner empeño en dar sermones con la finalidad de que la gente reunida a tu alrededor alce la voz de la emoción y se rasgue las vestiduras, y comenten: «*Qué maravilla de reunión*!» Todo esto es apego al mundo, y ésto es producto de la indolencia. Pon más bien tu voluntad y tu esfuerzo en incitar a los hombres de este mundo al otro, de la rebeldía a la obediencia, de la mundanidad a la ascesis, de la avaricia a la generosidad, de lo dudoso a lo cierto, de la indolencia al celo y del engaño al temor de Dios, y en hacerlos amar el más allá y detestar este mundo; enséñales la ciencia de la adoración y la ascesis, y no vayas a hacer que se ilusionen con la generosidad de Dios Altísimo[8] y con Su Misericordia, porque su tendencia mayor es a alejarse del camino claro de la religión y a acercarse a lo que no contenta a Dios Altísimo y acostumbrarse así a vivir en el vicio.

Pon en sus corazones miedo, y adviérteles, y prevenlos de los horrores que les esperan; puede ser que las cualidades de su vida interior se transformen y las acciones de su vida exterior cambien, y que salgan a relucir una pasión y un deseo por la obediencia y por dejar de ser rebeldes.

Ésta es la manera correcta de dar sermones y consejos, y todo sermón que no sea como queda dicho es una maldición tanto para quien lo da como para quien lo recibe; es más, se dice que un mal predicador es un vampiro[9] y un diablo que aparta a los hombres del camino y acaba con ellos; y deben huir de él, pues ni Satán mismo podría corromper la religión tanto como este hablador. Y quien tenga poder y autoridad debe hacerlo bajar del púlpito y prohibirle seguir con su prédica, atendiendo en esto al precepto de «*exhortar al bien y prohibir la maldad*».

III. Lo tercero a evitar consiste en no mezclarte con príncipes y gobernantes, y en no verlos, pues en el verlos, y en sentarse en su compañía y en mezclarse con ellos hay un enorme daño. Si, no obstante, eres sometido a esta prueba, abstente de elogiarlos y celebrarlos, pues Dios Altísimo se irrita cuando un tirano y un impío es elogiado, y quien ora pidiendo que tales hombres permanezcan en el poder, está de hecho deseando que Dios sea desobedecido en la tierra sometida a dicho régimen.

IV. Lo cuarto a evitar consiste en no aceptar ninguno de los dones de los príncipes, ni sus regalos, ni aunque supieras que se trata de algo lícito, pues esperar cosas de ellos corrompe la religión. En efecto, esto engendra adulación, parcialidad hacia ellos y aprobación de sus injusticias, y todo esto es corrupción en la religión. Lo mínimo que podría sucederte es que por aceptar sus regalos y aprovechar las cosas de su mundo, les tomaras cariño; ahora bien, quien se encariña con alguien desea por fuerza que tenga larga vida y permanezca, y desear la permanencia de un tirano equivale a tener la voluntad de que las criaturas de Dios Altísimo padezcan la tiranía, y la voluntad de que el mundo sea destruido. ¿Y qué puede ser peor que esto para la religión y para el logro de nuestro objetivo? ¡Ay de ti! ¡Ay de ti! ¡Que no te engañen la fascinación de los demonios o las palabras de algunos hombres, haciéndote creer que lo mejor y lo más conveniente es aceptar el dinero de aquellos para distribuirlo luego entre los pobres y los necesitados, diciéndote: «*¡Ellos lo van a gastar en su depravación y su desobediencia, mientras tú puedes gastarlo de manera mucho mejor dándolo a los pobres»!* Ten cuidado te digo, pues el Maldito ha quebrado muchos cuellos de hombres susurrándoles cosas parecidas. Pero ya he hablado de estas cosas en la *Revivificación de las Ciencias*, así que búscalo allí.

Y ahora pasemos a las cuatro cosas que debes hacer:

V. Lo primero es que manejes tus asuntos con Dios Altísimo de manera tal que, si un servidor tuyo se comportara igual contigo, tú estarías complacido y no le retirarías tu favor ni podrías enojarte con él; y lo que de este servidor hipotético no agradare a tu alma, eso tampoco agradará a Dios Altísimo, y Él es en verdad tu Señor.

VI. Actúa en todos tus asuntos con los hombres de la misma manera en que a tu alma le gustaría ser tratada por ellos, pues la fe del creyente no es perfecta hasta que no desea para los demás lo que desea para su propia alma.

VII. Que cuando enseñes o estudies algo, sea siempre algo que cultive tu corazón y purifique tu alma. Es como si, por ejemplo, te enteraras de que sólo te queda una semana de vida, en cuyo caso no gastarías esa semana estudiando derecho, ética, principios legales, teología y cosas por el estilo, pues te darías cuenta de que estas ciencias no te dejan nada. Más bien te

dedicarías a la observación atenta del corazón y al conocimiento profundo de los atributos del alma, a desprenderte de los apegos del mundo, a purgar tu alma de vicios, y te dedicarías al amor de Dios Altísimo y a Su servicio, y a adquirir y cultivar las mejores cualidades. ¡Y no pasan un día y una noche sin que la muerte de cada creyente sea una posibilidad real y cercana!

Oh hijo mío, escucha ahora estas palabras que voy a decirte, y medítalas hasta encontrar la salvación: Si te dijeran que en el plazo de una semana viene a visitarte un gran príncipe, sé que te dedicarías exclusivamente a arreglar todo aquello que iba a caer bajo la mirada del príncipe: la ropa, tu propio cuerpo, la casa, los muebles y otras cosas. Y ahora medita sobre lo que estoy queriendo indicarte, pues eres inteligente, y a quien es despierto una sola palabra le basta. Dijo el Enviado de Dios: «*Dios no anda mirando vuestros rostros y acciones, sino que mira vuestros corazones e intenciones*». Si quieres saber cuáles son las estaciones por las que pasa el corazón, lee la *Revivificación* y otras de mis obras. Y aprender y llegar a saber sobre esta ciencia es deber y responsabilidad de cada individuo, mientras que de las otras ciencias sólo es obligatorio aprender lo necesario para cumplir con los preceptos de Dios Altísimo. ¡Que Él te ayude a lograrlo!

VIII. Por último, no acumules más bienes materiales de los que te bastan para un año, y haz como el Enviado de Dios que, pensando en las provisiones anuales de algunas de sus esposas, oraba así: «*Dios mío, haz que el alimento de la familia de Muhammad sea suficiente*». Pero sólo oraba así en consideración con aquellas de sus esposas en cuyos corazones reconocía debilidad; en cambio cuando estaba con alguna de sus compañeras en la certeza, apenas si pedía sustento para un día, o incluso medio día.

Capítulo 11

OH HIJO mío, con esta exposición he respondido a tus peticiones. Ahora te queda a ti ponerla en práctica, y al hacerlo no te olvides de mí en tus oraciones más piadosas.

En cuanto a la plegaria que me habías pedido, busca entre las colecciones de hadices auténticos, y recita la siguiente cada vez que puedas, y en particular después de tus oraciones diarias:

Dios mío, aquí estoy; te pido
la perfección de Tu Gracia,
la perpetuidad de Tu Protección,
la universalidad de Tu Misericordia,
el advenimiento de Tu Perdón,
la abundancia en la existencia,
la más dichosa de las vidas,
el más perfecto de los favores,
la más delicada de las atenciones y
la más íntima de las gentilezas.
¡Dios mío, sostennos; no te opongas a nosotros!

Dios mío, pon el sello de la felicidad a nuestra última hora, haz de nuestras esperanzas una abundante realidad, reúne en bienestar nuestras mañanas y noches, orienta nuestro destino y fin último hacia Tu Misericordia, derrama sobre nuestras faltas el don de Tu Perdón, otórganos

la corrección de nuestras faltas, haz del temor de Dios nuestro bastimento para la ruta, pon nuestros esfuerzos en Tu Religión, y que nuestra confianza y dependencia estén puestas en Ti.

Dios mío, establécenos en la vía de la rectitud; protégenos durante esta vida de lo que podría ocasionarnos arrepentimiento el Día de la Resurrección; alivia el peso de nuestras faltas; concédenos la vida de los piadosos; cuídanos y aparta de nosotros la maldad de los inicuos; líbranos, con nuestros padres y madres, hermanos y hermanas, del Fuego, por Tu Misericordia ¡oh Poderoso, oh Indulgente, oh Generoso, oh Clemente, Omnisciente, Todopoderoso Dios, Dios, Dios, por Tu Misericordia, oh Tú el más misericordioso de los misericordiosos, Primero entre los primeros y Último de los últimos, Señor de la Fuerza y la Tenacidad, Misericordioso ante los necesitados, Infinitamente Misericordioso ante los misericordiosos, No hay Dios sino Tú, Glorificado seas. Aquí estoy: un pecador más.

Y Dios bendiga a nuestro señor Muhammad y a su familia y compañeros todos.

Y alabado sea Dios, Señor de los Mundos

NOTAS

[1] La crítica de Averroes contra el determinismo… Facultad de Filosofia. Universidad Panamericana.2008

[2] “En nombre de Dios el Todo-Misericordia, el Muy Misericordioso”

[3] En su acepción más baja, la palabra alma (lat. anima, ae) corresponde en la psicología tradicional a lo que la psicología moderna ha dado en llamar el ego, la personalidad (en el sentido más corriente), o la «individualidad»; por eso muchos traductores usan los pronombres personales y los reflexivos cuando traducen el termino árabe en cuestión (nafs), v.g.: «estoy triste» por «mi alma está triste», «edúcate a ti mismo» por «educa tu alma». Preferimos usar la terminología tradicional que tiene el efecto, sin duda no casual, de objetivar en nuestra consciencia todo aquello que solemos identificar, casi siempre a la ligera, con nosotros mismos. El mejor ejemplo lo da el Profeta en un famoso dicho, de nobles ecos griegos, por cierto, en el que la palabra alma es usada en su sentido supremo: «Quien conoce su alma [o "se conoce a Sí mismo"], conoce a Su Señor".

[4] Abu l-Qa" sim al-Junayd (+ 901 d.C.), famoso santo bagdadí llamado «el Pavo Real de los pobres

[5] al-kibr"it al-ah mar es un término alquímico para llamar al elixir, la panacea universal o piedra filosofal que hace posible transmutar los metales viles en oro. En el lenguaje corriente se usa como punto de comparación con algo que se desea encarecer: «más valioso…» o «mejor…» que el azufre rojo. Es muy posible que se trate de un punto de contacto con la

alquimia extremo-oriental, en la que el cinabrio (da~n, sulfuro de mercurio), de hermoso color rojo, tiene un papel preponderante.

[6] Estos tres aspectos de la Omnipotencia Divina corresponden a los nombres de las tres Parcas (o Moiras) de la mitología griega: Cloto, Laquesis y Átropo

[7] [5] De origen nubio, Dhu Nun fue uno de los sufíes más famosos de su tiempo (+ 859). Se le atribuye la primera exposición sistemática sobre los estados y las estaciones (ah wal wa maqa'ma't) del camino espiritual.

[8] ¡Todo fuerz y majestad!

[9] Ár. ghul, nombre genérico de las entidades oscuras y malignas del mundo sutil: lémures, lauras, manes, espantos, licántropos, considerados en sus aspectos más destructivos y enemigos de la humanidad. Se refiere aquí en particular a los espantos que bajo diversas formas extravían y matan a los viajeros en la noche.